

vincianos y desconocidos ocupen sitio en una biblioteca chilena. La escritora, al par que cuida los intereses de la empresa que dirige, tiende la generosidad de sus manos a los que comienzan su camino en el arte.

Juan J. Hidalgo hace en estos «Barcos de papel» (1) la promesa indudable de lo que dará con el tiempo. Su «Romance de la gitana», de versificación fácil y expresión original, nos dice que este muchacho provinciano, perdido en la oscuridad de un lluvioso pueblo sureño, trae credenciales de poeta auténtico.

De percala de colores
llegó a mi puerta, vestida,
con color a cuatro mundos
en la boca purpurina
y sol de veinte países
en la morena mejilla.

—«Dame tu mano, buen hombre,
y mi ciencia de sibila
te descubrirá al instante
el mal que te martiriza»—
me dijo, alzando sus ojos
de aventurera de Hungría
hasta el cansancio doliente
y antiguo de mis pupilas.

sólo da una fuerte vida interior, cosa no común en los escritores que se inician. Y si en algunos de los muchos sonetos que trae el libro no hay soltura, y tienen en cambio cierta entonación clásica no bien lograda, ello no aminora las innegables cualidades líricas que estos «Barcos de papel» ponen en evidencia.

Con Juan J. Hidalgo llega a la poesía chilena un poeta más.—
C. P. S.



PULSO Y ONDA, por *Manuel Navarro Luna*. (Con un ensayo de Juan Marinello).

Como lo dice el autor de «Liberación» en su ensayo magnífico, este libro nos trae un poeta «nuevo». Pero el descrédito que Los poemas «La Señal» y «El guía» tienen la hondura que

(1) Editorial Letras, Santiago, 1933.

para muchos ha ganado este calificativo se rompe en el caso de «Pulso y Onda» (1). No es un «nuevo» el que nos dice su palabra difícil—que ya dijeron tantos!—; es el grito fuerte y estremecido de un poeta que sufre sin conformidad.

Este libro de Navarro Luna está lleno de la angustia cubana, que tanto nos duele porque es angustia de América, y lleno también de ese dolor que marca las desigualdades de los hombres.

El mejor pan lo llevan en sus manos
los hombres hambrientos
que muerden el filo de las calles.

dice el poeta en la «Canción del ansia desnuda».

La novela y el poema rebeldes de hoy día quedan, casi siempre, al margen de la obra artística, convertidos en meros vehículos de propaganda gritona y de mal gusto. Este «Pulso y Onda», en cambio, quemante de fervor humano, sin declamatorias arengas ni arrestos de revolucionario callejero, tiene en su médula generosa el látigo que hiere cantando

Asombroso poder de síntesis el de Navarro Luna, y grande su virtud de sugerir. Del poema «No podíamos esperar» son estos versos:

Los caminos corrían al monte
donde los hombres estaban quemando las banderas.

¡Teníamos que haber amado, un poco más, a nuestro hijo!...
¡Teníamos que haberlo dejado en la calle con los niños hambrientos,
que haberlo llevado a las orillas del llanto
para que sus ojos hubiesen aprendido las letras de las lágrimas!

¡Teníamos que haberle desarrollado los músculos
sobre las siembras radiantes de las auroras oprimidas!
¡Pero no escuchamos la voz que venía de la garganta del monte.
[te.

¡No pudimos ver que estaban quemando las banderas.

(1) Editorial Hermes. La Habana, 1933.

Claridad y fuerza expresiva tiene la obra de este poeta cubano que con «Pulso y onda» queda entre los grandes «nuevos» de América por el tono de su canto y el hondo sentido humano de su espíritu.

Los que siguen creyendo que es la imagen el único fin de la poesía, hallarán en este libro sorpresas y sorpresas. Pidiendo un hijo a la mujer de sus sueños, dice el poeta, con sencillez y con grandeza:

Siembro mi cruz caída
en la fuga postrera de mi carne.

Es sensible que el reducido espacio destinado a estas reseñas bibliográficas no permita transcribir íntegra una poesía de Navarro Luna. Tendrían así los lectores de ATENEA fiesta no común. — C. P. S.



DEMONIOS DE COLORES, por *Ana María de Foronda*.

Pequeño libro de setenta páginas, con poemas fechados desde 1925 a 1930, no da la impresión de la obra madurada. Hay en él mucho de balbuceo, de búsqueda interior, y el verso de novedad y de maestría.

Pero que Ana María de Foronda siente la poesía, y que en ocasiones sabe trasmitirla, es indudable. En el poema «A mi demonio rojo», dice bellamente:

Y yo me entregué a él
como entregaba
mi cuerpo
en el descanso de las aguas.

Labor no continuada acusa este «Demonios de Colores». Ojalá que el tiempo y la vida hagan de Ana María de Foronda la poetisa que en este libro inicial se asoma tímidamente. — C. P. S.